

go, enemigo siempre de reflexionar, los leía con el aplauso que lee en nuestros tiempos los romances de guapos y bandoleros; llenos tambien de acacimientos falsos é imposibles: y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de examinar lo cierto, ó verosímil. Cervántes para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones, sin el trabajo de reflexionar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á mirar la honra con más aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la Religion, por la patria y por el Soberrano, representó en el quadro de su fábula la fantasma del encantamiento con todos los aspectos, que habia tenido en los libros de caballerías; pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

199 Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesinos (iv. 280), en que Don Quixote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesinos y á otros personages, entre los quales no olvidó á la señora de su alma.

200 De las transformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el Quixote. La de los gigantes en molinos de viento (i. 72), la de los exercitos en rebaños de carneros (ii. 126), la de Dulcinea en labradora (iv. 112), la del Ca-

ballero de los Espejos en el Bachiller Sanson Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial (iv. 168) y la del que engañó á la hija de Doña Rodriguez en el lacayo Tosilos (vi. 88) son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda, quando en la venta disputaba Don Quixote, que la bacía era el yelmo de Mambrino (iii. 342).

201 Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente las fuerzas á un caballero, para estorbarle alguna hazaña: de donde tal vez tuvieron principio ciertos hechizos y aligaciones, á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que de esto hace Cervántes es muy oportuna. Don Quixote viendo por las bardas del corral que manteeban á su escudero, quiso socorrerle; pero molido de los golpes del moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse, y al punto creyó que le habian encantado (ii. 114). Mas para acabar de descubrir lo ridículo de tales sucesos, es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace Don Quixote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

202 Con todo, ninguna de estas cosas disminuía tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes, como el suponer que cada uno tenia un sabio encantador que le ayudaba y otro que se le oponia, semejantes en algun modo á los dos principios

de los Maniqueos. Tales eran el sabio Fres-ton, que por favorecer á otro caballero su ahijado, perseguía á Don Quixote (t. 67): el que llevaba á este (segun él creía) en el barco encantado (v. 67), y el que le pareció que estorbaba esta aventura (v. 75), con otros diferentes de que se hace irónica mención en el discurso de la fábula. Claro está que ayudados de estos encantadores podrian acabar los caballeros extraordinarias empresas; pero claro es tambien, que con este auxilio sus acciones heroicas mas eran obras de encantamiento, que pruebas de valor.

203 Y si para este no eran conducentes los libros de caballerías, mucho ménos lo eran para mantener el recato y honestidad propia de las doncellas y matronas principales, pues los tales libros se puede con verdad asegurar, que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo qual Cervántes reprehendió discretamente en su Quixote los desórdenes de esta especie, que enseñaban y autorizaban semejantes novelas.

204 En los tiempos en que estaba recibida la apelacion por duelo, las damas combatian por medio de sus campeones, á los quales cortaban la mano en caso de vencimiento, y en algunas partes no condenaban á las mugeres á la prueba de agua, ó hierro, sino quando no habia quien se presentase á defenderlas. Así la necesidad del combate judicial para las acciones y demandas, la poca confianza en los campeones mercenarios, y la flaqueza personal de las damas fuéron causa de

que estas obsequiasen y estimasen en mucho á los caballeros arrestados y valerosos, que podian ampararlas, y esta idea de proteccion tan lisonjera y tan conforme al gusto dominante, los inclinó á emprender voluntariamente la defensa de las mugeres nobles y hermosas. De semejantes ideas recibidas generalmente en aquel tiempo provino el amor caballeresco, esto es la ciega pasion de las damas por los caballeros valientes, y la veneracion idólatra de los caballeros á las damas.

205 Por estos pasos logró introducirse en Europa el espíritu de la caballería y del galanteo, y todos adoptáron con gusto sus principios; pero singularmente los nobles, que al fin así como no reconocian otra ley que su espada, tampoco tenian otro idolo que su dama.

206 Estos fuéron los Héroeos que se propusieron los escritores en sus obras, las quales diéron un prodigioso crédito al sistema de la caballería, porque sus copias excedian en mucho la extravagancia de los originales. *Las novelas de caballería* (dice un autor moderno) *lisonjéaron el deseo de agradar á las damas, y diéron á una parte de la Europa el espíritu de galantería poco conocido de los antiguos. La idea de los paladines protectores de la virtud, de la debilidad y de la hermosura de las mugeres conduxo á la galantería, la qual se perpetuó con el uso de los torneos, que uniendo en sí los derechos del valor y del amor, le diéron mucha consideracion y aumento.*

207 Imbuidos pues los caballeros en las máximas que leían en estos libros, y que con su lectura estaban generalmente recibidas, miraban como obligacion precisa de todo noble tener una dama á quien consagrar sus acciones: obligacion la mas opuesta, no digo á la moral christiana, sino á la misma fe que profesamos.

208 La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que mas dominan á las mugeres, y por consiguiente las mas capaces de hacerlas atropellar los términos del decoro y la modestia, virtudes características de su sexó. Por esto para estorbar los peligros de unos galanteos tan públicos y autorizados por la costumbre, se vieron obligados los padres y dodos á guardar á sus hijas y parientas con medios mas rigurosos, que los que hasta allí habian bastado, recurriendo á la estrecha clausura de sus casas, y á la perpetua custodia de las dueñas.

209 Pero este remedio en vez de estorbar el daño, sirvió solamente para mudar su aspecto. Leían estas encerradas doncellas para divertir su soledad aquellos perjudicialísimos libros de caballerías: encontraban en ellos mil historietas amatorias, en las cuales los caballeros enamorados se pintaban como Héroes, y la facilidad y desenvoltura con que los escuchaban las doncellas, se trataba de justa correspondencia, y estas especies formaban en la imaginacion viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razon. Miraban su encierro como una esclavitud, á sus padres

como unos tiranos, y su vida retirada como la mayor miseria. Fortificaban tal vez estas ideas las mismas dueñas á cuya custodia estaban encargadas, las cuales ó por ignorancia, ó por malicia les contaban cuentos de la misma moral que las novelas.

210 De tan perjudiciales principios se seguian ordinariamente lastimosas consecuencias, pues deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas, como aquellas que en los libros y cuentos eran celebradas, correspondian facilmente y sin consideracion á las señas y mensajes que les enviaban los caballeros (perseguidores baxo el título de defensores de la honestidad) ganando con el soborno á los mismos domésticos y familiares. Seguianse despues las conversaciones nocturnas en los terreros, proporcionando estos mismos desórdenes las dueñas, á quienes engañados los padres fiaban el cuidado de sus hijas: y aun por eso vemos quan acordes están nuestros escritores en tratarlas de terceras.

211 De aquí resultaba muchas veces que los padres llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenian tal vez por no exponerse á otros inconvenientes, en matrimonios que jamas hubieran aprobado en otras circunstancias. Otros tratándolas con mas dureza, las obligaban á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversion, ó las hacian por fuerza que entrasen Religiosas, á trueque de no tener un continuo sobresalto en su casa: y aunque estos males eran gravísimos, con todo solian producir otros

de peor especie los amores clandestinos, protegidos y disimulados por las dueñas y por los escuderos de las casas.

212 Para conceder pues, que los libros de caballerías inspirasen máximas de recato y honradez á las doncellas, era menester cerrar los ojos y no ver estas funestas consecuencias de sus principios y máximas: consecuencias que no se siguiéron por pura casualidad, sino por una precisa conexión, atendido el carácter de los dos sexos, y la humana flaqueza.

213 Pero no decimos por esto que sea útil á las buenas costumbres criar á las doncellas principales con toda libertad, permitirles sin distinción todo trato, y fiar de la prudencia de una niña de poca edad el evitar por sí misma los peligros, que se encuentran con frecuencia aun en la sociedad y trato, que parece mas inocente, pues para imaginarlo sería menester carecer de razon: y aun quando la razon no probara lo contrario, lo probarian tristemente mil experiencias de nuestros dias. Lo que decimos es, que las máximas de los libros de caballerías eran muy contrarias al recato y á la honestidad: que en ellos se aprendia leyendo, la disolucion que hoy se aprende tratando: y finalmente que la sátira de Cervántes contra los excesos de aquellos tiempos no pudo ser de ningun modo causa de los que por camino contrario experimentamos en los nuestros.

214 Para evidenciar esta verdad será menester que recorramos brevemente todos los

principales amores de que se habla en el Quixote. Y empezando por los de este con su señora Dulcinea (1. 13), verémos luego, que en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupacion, de que todo caballero debia ser enamorado, pues ninguna otra razon tuvo Don Quixote para decir que lo estaba, sino seguir esta costumbre, que juzgaba tan precisa. Esto se conoce claramente en su conversacion con Vivaldo (11. 48), así como en las juiciosas reconvenciones de este se ve, quan sin fundamento y quan contra la Religion era esta preocupacion caballeresca. Alguno podrá decir, que unos amores tan castos y platónicos como los de Don Quixote nada tenian de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer, que todo caballero debe ser enamorado: y la experiencia nos enseña, que muchos galanteos, que se empiezan solo por vanidad, ó por hacer lo que otros hacen, suelen traer tan funestas consecuencias, como los que son hijos de una pasion vehemente.

215 Al mismo tiempo que los caballeros miraban á todas las damas como unas Porcias en la fidelidad y en el recato, á ese mismo creian cosa muy natural, que enamoradas de un caballero, le buscasen y se entregasen á él: de modo, que parece que la facilidad mas detestable no era liviandad, siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. Á tanto llegaban los privilegios de la caballería. Este extravagante modo de pensar descubre Cervántes, quando el mismo Don Quixote, que con tanta acrimonia reprehende á

Sancho, porque creía haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo Don Fernando (II.363), ese mismo cree, que la hija del Castellano le viene á solicitar de noche (II.92), y que la hija de un Rey á cuya corte llega un caballero andante, es preciso que se enamore y entregue al tal caballero (II.180).

216 Esta persuasión del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer, que un amante por solo estar enamorado era acreedor de justicia á ser correspondido: error que apoyaron y difundieron los poetas. El amor que tenía Grisóstomo á Marcela, es un retrato de las funestas consecuencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la mas juiciosa impugnacion de esta locura (II.66).

217 No eran menores los daños que producía en las doncellas la lectura de los libros de caballería. Los padres temerosos de los perjuicios que podían seguirse á sus hijas con el trato de aquellos jóvenes, que no solo creían inocente la paga de sus amores, sino que se miraban como con un derecho para exigirla, se persuadieron á que para defenderlas de este daño, era suficiente remedio el encerrarlas. Muchos han creído, que Cervantes pretendió reprehender este retiro, y por eso le miran como autor de la desenvoltura y libertad de nuestros dias; pero los que así piensan, ó no han leído el Quixote, ó no le han entendido. Don Quixote respondiendo á Altisidora en un romance, le dixo estas qua-

tro coplas, dignas de que las tengan presentes todas las madres (v. 271).

*Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.*

*Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupadas,
ser anfidoto al veneno
de las amorosas ansias.*

*Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.*

*Los andantes caballeros,
y los que en la corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.*

218 Esto mismo confirmó quando dixo á los Duques la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nacía de ociosidad, que la tuviesen ocupada, y se dexaria de amores (VI.259). Lo cierto es, que los inconvenientes que se seguían de aquel encierro, no consistían tanto en el mismo encierro, como en que en él, en vez de estar empleadas en ocupaciones honestas é inocentes, se divertían en leer historias caballerescas, comedias y poesías amorosas, y con esta lectura se despertaban las pasiones, que no podía por sí solo extinguir el retiro. Este abuso da á entender Cervantes quando Cardenio refie-

re, que Luscinda le pidió el Amadis (II. 240), y quando Dorotea dixo al Cura que habia leído muchos libros de caballerías (III. 34).

219 Llenas pues de ideas caballerescas, no se detenian las doncellas mas recatadas en tomar las mas arrojadas resoluciones. Véase esto retratado al vivo en la de Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con Don Fernando (II. 307), en la de Dorotea de ir á buscar al mismo Don Fernando, para vengar en él su deshonra (III. 22), pero mas trágicamente en el arroyo de Claudia Gerónima, que por unos zelos mal fundados dió muerte por su propia mano á su amante Don Vicente Torrillas (VI. 138).

220 Todos estos excesos provenian, de que las doncellas destimbradas con las agradables pinturas del amor que leian, se arriesgaban con facilidad al clandestino trato de las rejas y terreros, como lo muestran los amores de Doña Clara y Don Luis, siendo ellos por otra parte dos criaturas inocentes (III. 311).

221 Seguianse despues las solicitudes de los amantes, y las tercerías de las dueñas ó criadas, como se ve en los amores de D. Fernando (III. 11) y la historia de la Trifaldi (V. 181), y de este modo se venian á encontrar las inconsideradas doncellas en los lances que no supieron precaver, de lo qual se arrepentian las mas veces, aunque tarde, pues su poca honestidad las obligaba despues á quedar deshonradas, ó contentarse con bodas desiguales y poco ventajosas. Así sucedió á la

burlada hija de Doña Rodriguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosilos (VI. 88), y así tambien á Leandra, que despues de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva, por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Rosa, de quien se enamoró solo por ver su gallardia, y oír las mentidas proezas que contaba (III. 433). En esto tambien se nota otro riesgo de la lectura de los libros de caballería, pues como en ellos se pintan la verdad y la constancia como prendas propias de los enamorados, las doncellas ignorantes creian verdaderas las protestas de los hombres, y estos consultando sus livianos deseos, y no las verdaderas reglas del honor, las abandonaban, como Don Fernando á Dorotea. Por eso quando Sancho encontró á la hija de Diego de la Llana fuera de su casa en traje de hombre (V. 323), aunque conoció que todo aquello era una niñada, la reprehendió y amonestó, que no volviese á hacerlo, dando á entender las funestas consecuencias, que suelen acarrear las libertades que parecen inocentes.

222 Tambien solia ser á veces inútil el recurso de la custodia y encierro para la guarda de las doncellas, porque llegaba tarde. Bien lo prueba la historia de los amores de Cardenio y Luscinda, á la qual guardáron sus padres, despues que el trato de la niñez habia sembrado en su tierno corazon las amorosas ansias (II. 233). Lo mismo sucedió tambien con Quiteria, que ya estaba enamorada

de Basilio, quando sus padres impidiéron que le tratase (iv. 229).

223 Solos estos pasages bastan para conocer, que las máximas del Quixote léjos de abrir la puerta á la desevoltura y libertad de las doncellas, están continuamente reprehendiendo este abuso: y á esto mismo conspíran varias reflexiones que se encuentran esparcidas por toda la obra.

224 Tal es la que Don Quixote hizo hablando con Sancho, que extrañaba que Altisidora se hubiese enamorado de su amo, siendo tan feo: á lo que replicó Don Quixote, haciéndole ver, que el amor que se funda en la estimacion de las prendas del alma, es firme y verdadero, y el que solo tiene por objeto la hermosura exterior, ligero é inconstante (vi. 105).

225 Tambien es oportunísima la reflexion del cabrero amante de Leandra, sobre que los padres dexen á sus hijas, que escojan á su gusto el que ha de ser su esposo, pero que no les propongan sino partidos buenos, para que no sea el antojo, sino la razon quien mueva su ánimo (iii. 431). Esto mismo apoya Don Quixote, yendo á ver las bodas de Camacho, con razones evidentes, haciendo ver que el capricho de las muchachas de ordinario se inclina á lo peor, y como la compañía de los esposos dura toda la vida, ellas mismas se arrepienten, aunque tarde, de sus malas elecciones (iv. 230).

226 Quizá nos hemos detenido demasiado en referir los perjuicios que los libros de

caballería causaban en las costumbres, y con quanta razon y prudencia los combatió Cervantes en su Quixote, pero todo era necesario para vindicarle del injusto cargo que han querido hacerle algunos criticos mas severos que justos. Cervantes tuvo gran juicio, y gran conocimiento del corazon humano, y así procuró, desterrando los libros de caballería, arrancar la raiz de innumerables vicios, que no eran, hablando con propiedad, un abuso que la malicia humana hacia de unas obras en si buenas, como han pretendido algunos, sino una conseqüencia precisa de los principios fundamentales de los referidos libros.

227 Mas como nuestro autor se proponia el verdadero objeto de la sátira justa, que es mejorar á los hombres, no se contentó con impugnar los vicios caballerescos, sino que de paso y segun le venia la ocasion reprehendió casi todos los defectos de las demas profesiones y estados, ó ya proponiendo y alabando á los que estaban libres de ellos, ó ya ridiculizando á los que en ellos incurrian.

228 Con esta mira puso varios exemplos de la hospitalidad, que es la que mantiene el trato y comercio de los hombres unos con otros, ya en el buen acogimiento que hicieron á Don Quixote los cabreros (ii. 20), con quienes cenó, y pasó la noche que precedió al entierro de Grisóstomo, ya en la afabilidad y cortes trato de Don Diego de Miranda y su familia (iv. 211): ya en la afable generosidad del Canónigo de Toledo con quien comieron Don Quixote, el Cuera y la demas.

comitiva al volver de Sierra Morena (III. 417).

229 He citado estos exemplares, y no el magnífico recibimiento que tuvo en el palacio de los Duques (v. 85), ó el que le hizo en Barcelona Don Antonio Moreno (VI. 157), porque en los primeros se ve una voluntad sencilla de acoger á un hombre forastero, y procurarle el alivio y descanso, que no puede encontrar fácilmente el que está fuera de su patria, ó domicilio, en lo qual consiste la verdadera hospitalidad; pero en los Duques y en Don Antonio lo que mas se descubre, es el deseo de divertirse con un loco y con un simple, gratiosos ámbos en su línea.

230 No le faltó á Cervántes motivo para suponer de este carácter á los expresados Señores. En aquellos tiempos era muy común la costumbre de mantener bufones para su diversion los Príncipes y Grandes, y se premiaba mucho mas la chocarrería de un juglar, ó el insulso chiste de un tuno que le hacia alguna burla, que los científicos descubrimientos de un sabio, y el laudable zelo de quien promovía sus estudios. Don Quixote discreto é instruido era objeto de compasion para el prudente Canónigo, que veía malogradas estas prendas por su loca caballería, y así procuraba tomar por instrumento su discrecion para desengañarle de sus extravagancias; pero los Duques y Don Antonio, como solo procuraban divertirse, fomentaban su manía, y hacían de modo, que su misma discrecion y buen discurso le enredase mas en el lazo de su locura.

231 Á la verdad es menester olvidarse de la caridad christiana, y aun de la humanidad misma, para estimar mas la diversion frívola de oír, ó ver quatro dislates, que la salud y la razon de un individuo de nuestra misma especie. Entre algunos pueblos de nuestra Europa se tienen y miran como un ságrado las casas de locos: nadie entra en ellas que no contribuya á la curacion, ó alivio de aquellos miserables. Costumbre digna de que se imitase en todas partes, cortando el inhumano abuso de que entren todos los que quieran á divertirse con hablarles de sus locuras, confirmandolos mas en ellas. Lo que mas debe admirar en nuestro asunto, es que muchas gentes, que son naturalmente tiernas y compasivas, suelen sin embargo gustar de tan bárbaro recreo, lo qual procede sin duda de no considerar á los locos como enfermos, y creer que porque rien, comen y nada les duele, no son acreedores á nuestra lástima: error que nace, como otros muchos, de las falsas ideas que se reciben en la crianza.

232 Esta es la principal fuente de la felicidad, ó infelicidad de los hombres y de los Estados. Así lo conocía Cervántes, y así lo manifiesta en varios pasages, pero con especialidad en el discreto razonamiento en que dice Don Quixote á Don Diego de Miranda (IV. 187): *Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres... Á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y christianas costumbres, pa-*

va que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad.

233 Sabia tambien nuestro autor que la crianza que mas importa es la de la nobleza, y por eso en el citado razonamiento hace decir á Don Quixote: *No penseis que yo llamo vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.* Pero no ignoraba que para la felicidad completa de un Estado es necesario que la buena crianza sea general, y que el pueblo se crié sin aquellas preocupaciones y resabios, que le separan de las ocupaciones en que debe emplearse, ó le estorban los adelantamientos que pudjera lograr.

234 Deseando Cervántes abrir los ojos á sus compatriotas sobre un punto tan esencial, hizo un catálogo de los barrios, ó sitios que habia en casi todas las ciudades de España para servir de acogida, y aun de escuela de tunos y de vagos, en la enumeracion de los lugares de sus aventuras, que hace el ventero que armó caballero á Don Quixote (I. 22): y tambien en la pintura de los que manteáron á Sancho Panza (II. 110).

235 De la falta de crianza se siguen, como hemos dicho, muchas preocupaciones. Los hombres mas racionales y valientes, si los han criado metiéndoles miedo, suelen sentir en el primer encuentro, que tienen con las cosas de que se servian en su niñez para amedrentarlos, un cierto movimiento de pavor, que pa-

ra vencerle es necesario recurrir al valor y á la reflexion. Esto se ve pintado muy al vivo en la entrada de la Dueña Rodriguez en el quarto de Don Quixote, quando este la creyó bruxa, ó fantasma (v. 292).

236 Otra preocupacion, que produce malas consequencias, es el creer en agüeros, error muy antiguo, pero que está grandemente impugnado en el Quixote. Sale este caballero de casa de los Duques, y encuentra á unos hombres que llevaban varias efigies de Santos á caballo para un retablo. Las mira y las descifra, y quedando despues solo con su escudero le dice, *que el haber encontrado con aquellas imágenes, era para él felicísimo acontecimiento* (v. 103).

237 De aquí toma pie Cervántes para notar la inclinacion que tenia la nacion entónces á los agüeros, inclinacion tan ignorante como nociva. Hace que Don Quixote, aun siendo loco, se burle de estos necios agüeros, que mudan de camino si encuentran en él alguna cosa que les parezca infausta, ó se cubren de melancolia si se les derrama la sal: como si la naturaleza estuviera obligada á advertir las desgracias venideras con estas casualidades. La Religion y aun la razon sola basta para abominar esta credulidad supersticiosa, y así Scipion Africano y otros muchos Héroses, con sola la luz de la razon no solo han despreciado estos acontecimientos casuales y frivolos, sino que los han aplicado diestramente á sus intentos, haciendo servir á ellos la credulidad é ignorancia del vulgo.

Aquí se ve que Cervantes estaba libre de las preocupaciones de su siglo, y que supo conocerlas, publicarlas y reprehenderlas con el tiento y circunspección que pedían aquellos tiempos: por lo qual merece mas gloria que algunos escritores de nuestro siglo, porque mucho ántes, y sin tener igual libertad que ellos, corrigió los mismos abusos.

238 Tambien lo era, y nacido de la misma causa el creer sobrenaturales todos los acacimientos que pasaban algo de la linea de los comunes, ya fuesen de aquellos fenómenos, que aunque naturales, necesitan para su produccion una combinacion de causas que concurren raras veces, ó ya fuesen efectos de la destreza del que los producía, ocultando el verdadero principio, con cuyo conocimiento hubieran parecido frialdades las cosas que suspendian como prodigios.

239 En la aventura del mono adivino se burla Cervantes de esta ignorancia, quando Don Quixote dice á Sancho, que aquello no puede ser natural, sino por arte del diablo, por lo qual extrañaba que no le hubiesen delatado (v. 25). Y con razon lo extrañaba, pues en aquellos tiempos bastaba para delatar una cosa el no entenderla, como lo hace ver tambien en la aventura de la cabeza encantada de Don Antonio Moreno (vi. 172), la qual fué preciso desbaratar, aun despues de haber visto la friolera en que estribaba el prodigio, porque *el vulgo ignorante no se escandalizase*, pues era tanto el número de los necios preocupados, que por mas que hubiesen querido

desengañarlos, siempre hubieran quedado muchos, que cerrando los ojos á la razon, la hubieran mirado como obra del demonio.

240 Pero es muy de notar el fundamento que tiene Don Quixote para decir, que no pueden ser naturales las respuestas del mono, que es porque ni él, ni su amo sabian alzar figura. De modo que al mismo tiempo que miraban entónces como maravillosos y fuera del orden natural los sucesos mas comunes, creian que habia una ciencia, que enseñaba á adivinar lo futuro, considerando el aspecto de los astros, que esto era lo que llamaban Astrología judiciaria. Con ella se andaban por el mundo varios holgazanes alzando figuras, engañando á los simples, y sacándoles el dinero. El cuento que refiere Don Quixote del que adivinó el color de los perritos que pariría una perra (v. 26), es una graciosísima burla de estos embusteros, y de la ignorancia de los que les daban crédito.

241 Esta misma ignorancia y falta de educacion producía, y aun actualmente produce entre los pueblos vecinos disensiones, disputas y querellas. Muchas de ellas proceden de pretensiones particulares sobre términos, ó derechos, y estas son inevitables; pero otras muchas no tienen mas fundamento que el mal modo, hijo de la mala crianza. De aquí nace el ponerse apodos y nombres ridiculos, y muchas veces de tan despreciables principios se encienden discordias y enemistades, que suelen costar mucha sangre.

242 Todo esto lo vemos en la aventura

del rebuzno (v. 13), en que se nos pintan dos pueblos armados, y en disposicion de darse una batalla por un suceso despreciable, que tomado en chanza hubiera servido á unos y otros de materia de risa. Las razones con que Don Quixote les manifiesta la necedad de su furor, aunque están mezcladas con ideas caballerescas, son muy discretas y prudentes (v. 50), y en ellas hace ver tambien, quan errados caminan los que hacen cargo, ó censuran á todo un cuerpo de los delitos y desórdenes de alguno, ó algunos de sus individuos.

243 Estos y otros defectos, que nacen de la falta de educacion, intentó corregir Cervántes, pero en los mas graves y perjudiciales procuró que la reprehension fuese mas fuerte, ó contrapuso los sugetos defectuosos á otros que no lo fuesen, para hacer amar la virtud y aborrecer el vicio.

244 Ya hemos hablado del Religioso (v. 98) que reprehendió públicamente á D. Quixote y al Duque estando á la mesa. Si examinamos lo que pretendia este Eclesiástico, veremos que su fin no podia ser mejor. Apartar á Don Quixote de la locura de ser caballero andante, reduciéndole á que se volviese á su casa, y persuadir al Duque, que divertirse en seguir á un loco su manía, es ser mas loco que él, fuéron las dos cosas que intentó el buen Eclesiástico. Pero lo quiso conseguir á fuerza de reprehensiones y dicitorios, y esto delante de la familia, con lo qual convirtió una pretension justa en tema ridícula é

importante. Por el contrario el Canónigo de Toledo (iii. 410) con quien comió Don Quixote en el campo, vistió todas sus reconvençiones y cargos con la urbanidad y cortesía propias de la buena crianza, y aunque no logró curarle, porque no es facil curar á un loco, á lo ménos no le irritó como el Religioso.

245 Siempre se han mirado como partes de la crianza el aseo y las atenciones, ó cumplimientos: y así no olvidó Cervántes recomendarlas en su fábula.

246 En quanto al aseo, compostura y decencia de las acciones exteriores, son muy dignos de aprecio los consejos segundos (v. 229) que dió Don Quixote á Sancho ántes que se partiese al gobierno. Pero para hacer conocer que estas reglas se han de aprender con la costumbre desde la infancia, y que los que no se crian con ese cuidado, quando quieren tenerle, incurren en afectaciones ridiculas, hizo Cervántes que quando Don Antonio trataba á Sancho de desaseado (merced al Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda) respondiese Don Quixote por él (vi. 159) diciendo, que *en el tiempo que fué Gobernador, aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de las granadas.*

247 En quanto á la urbanidad no es necesario citar pasage alguno, pues en toda la fábula está brillando siempre esta virtud, la qual es utilísima y aun necesaria para la sociedad y trato de unos con otros, quando la re-

gla y mide la prudencia; pero quando no está arreglada por esta, degenera en importunidad insufrible. Para corregir este molestísimo exceso de cumplimientos, es muy oportuno el cuento, que contó Sancho en casa del Duque sobre sentarse á la cabecera de la mesa, en el qual reprehende tambien la necedad de los que miran como expresiones y ofertas verdaderas las que son de pura urbanidad y política (v. 93).

248 El carácter de honradez y buena fe, que siempre ha sido propio de los Españoles, es la verdadera causa de que en todos tiempos se hayan gloriado de exáctos en cumplir ya las promesas, ya los encargos que se han puesto á su cuidado. Por eso juzgaba D. Quixote, que todos los vencidos á quienes mandaba que se presentasen ante la sin par Dulcinea del Toboso, lo executarían exáctamente (II. 10), (II. 205), (IV. 170). Pero como todas las cosas humanas, aun las mas perfectas, están sujetas á viciarse con abusos, esta misma exáctitud llegó á degenerar en una nimiedad escrupulosa, particularmente en la execucion de las últimas voluntades, poniendo en práctica todo quanto mandaba el testador, aunque no fuese justo, y aunque pareciese repugnante á la razon. Para mostrar este abuso refiere Cervántes la exáctitud con que cumplió Ambrosio la última voluntad de su amigo Grisóstomo, quemando todos sus versos, por mas que le rogaban que los guardase (II. 56), y lo que es mas, enterrándole en un lugar profano contra las reconvenio-

nes de los Abades del pueblo (II. 31), sin otro motivo que el no separarse de lo que dispuso su amigo, estando ciego y arrebatado de su rabiosa pasion.

249 De este mismo fondo de honradez y bondad procedia que no podian mirar los Españoles la necesidad sin remediarla. Pero la malicia del malo siempre ha procurado servirse de la bondad del bueno, y así esta compasiva caridad produjo dos especies de gentes muy perjudiciales: los falsos pobres, que ó no lo son, ó lo son porque quieren serlo, y los romeros, que con pretexto de visitar el cuerpo del Patron de España y otros santuarios de este reyno, vienen á él, ó ya por sacar el dinero que recogen de la piedad de los Españoles, ó tal vez para servir de espías contra sus mismos bienhechores.

250 En nuestros tiempos, y particularmente en el feliz y justo reynado de Carlos III. se han dado providencias muy oportunas para el remedio de ámbos abusos. Pero en el tiempo en que se escribió el Quixote, aunque nuestras leyes prohibian estos desórdenes, con todo hubiera parecido una impiedad negar la limosna á aquellas personas que tan sin derecho la pedian.

251 Los ingenios sublimes nunca han limitado sus pensamientos á la corta esfera del vulgo. Cervántes en medio del falso concepto de sus contemporáneos reprehendió ámbos excesos, el uno haciendo mencion del alguacil de pobres, que estableció Sancho, *no para que los persiguiese, sino para que los*

examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha (vi. 31): y el otro en la pintura de los romeros que acompañaban á Ricote (vi. 62).

252 Tampoco se dexó llevar nuestro autor de la obscuridad, con que en su siglo se confundian los hechos verdaderos con los fabulosos, fundándose esta confusion en las historias falsas y en los romances vulgares. Para lo qual cita en boca de Sancho y de la Duena Rodriguez (que le tenian por muy verdadero) el romance de Don Rodrigo, en que se cuenta que este Rey fué enterrado vivo, y que gritaba desde la tumba:

Ya me comen, ya me comen

por do mas pecado habia (v. 129).

Por esto una de las Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza fué: que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no truwese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan, son fingidos en perjuicio de los verdaderos (vi. 31). Si hubiera leído esto con cuidado Mr. d'Argens, ó por mejor decir, si fuera desapasionado, no diria que Cervántes se habia dexado llevar de la supersticion, que él cree propia de los Españoles.

253 Veo que insensiblemente nos hemos alargado, dexándonos llevar de las discretas y oportunas moralidades del Quixote, cuya enumeracion seria imposible, y así bastarán los exemplos citados para conocer, que la correccion de las costumbres en general, y no

solamente el desterrar los libros de caballería, fué el objeto que se propuso Cervántes.

254 Si alguno cree, que no citamos mas pasages porque no los hay, lea el Quixote con atencion, y se desengañará muy presto, viendo que algunas veces en dos palabras, ó en una reflexion pasagera censura un vicio, ó alaba una virtud. Al referir que Tosilos no quiso reñir con Don Quixote, nota como de paso, que *los mas quedáron tristes y melancólicos, de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes* (vi. 89), y en esto censura justisimamente la barbaridad de las gentes, que aun en nuestros dias no se divierten en las fiestas de toros, si no hay muchos porrazos y caballos muertos, y tienen por una gran fiesta aquella en que suceden muchas desgracias.

255 Allí advertirá que Sancho, despreciando el Don que no le correspondia, descubre la necesidad de los que buscan distinciones superiores á su esfera (v. 258). Allí verá contrapuesta la afabilidad y llaneza de la Duquesa al entono de las hidalgas de aldea (vi. 7). Allí descubrirá en los consejos de Don Quixote á Sancho sobre el modo con que se ha de portar en el gobierno (v. 224), y en las determinaciones de Sancho Gobernador (v. 259, 309) un conjunto admirable de documentos morales. Allí finalmente mirará vituperado el vicio en todos los lances, y alabada siempre la virtud, y por consiguiente cumplida la obligacion del poeta filósofo, de enseñar deleitando, que es toda la perfeccion á que pue-

de aspirar un escritor, según Horacio.

256 Esta perfeccion es á la que no pueden llegar los autores que no son verdaderamente sabios. Cervántes lo era: su mucha lectura de los autores mas célebres, su trato con los hombres grandes de su siglo así nacionales como extrangeros, y sobre todo sus reflexiones y meditaciones propias, le habian puesto en estado de poseer no solo la literatura necesaria para desempeñar su obra, sino tambien la que se requeria para corregir ciertos abusos, que habian hecho progresos entre los eruditos de su siglo.

257 La Europa, que en los tiempos florecientes del Imperio Romano habia sido el archivo de las ciencias, inundada de Bárbaros que la asilgiéron con repetidas incursiones, perdió, ó sepultó entre ruinas los preciosos volúmenes de la literatura griega y romana. Apenas se conserváron en el retiro de los monasterios algunos códices, que los mismos Monges trasladaban y guardaban. El cuidado de la propia defensa apartó á los hombres del estudio de las letras, para conducirlos al de las armas, y al mismo tiempo que formó legiones, destruyó las escuelas.

258 Pasados estos siglos de turbulencias é inquietudes, se empezáron á buscar en el sosiego de la paz los monumentos literarios, que se habian perdido con las guerras, y á fuerza de tiempo y de diligencia se encontráron muchos de ellos, bien que esparcidos en diversas partes, y tal vez alterados considerablemente por descuido, ó ignorancia de los copiantes.

259 De aquí nació el grande aprecio de los códices, que quanto mas antiguos eran mas estimables, porque eran ménos sospechosos: de aquí nació tambien la malicia de los que para acreditar alguna noticia, ú opinion que les acomodaba, suponian haberla encontrado en un manuscrito antiguo, y aun tal vez alteraban algun códice verdadero, para introducir en él sus mentiras: y de aquí nació últimamente la necesidad de aplicarse los estudiosos á buscar el verdadero sentido de algunos lugares oscuros, confirniéndolos con otros de los mismos, ó de distintos autores, y procurando ilustrarlos con notas pertenecientes á las personas, ó cosas de que en ellos se trataba.

260 Supuesta la literatura en este estado, se pueden reducir á tres capítulos los defectos, ó abusos que en ella se introduxéron. Unos se descuidáron en conservar los monumentos auténticos, y en seguir las huellas de los verdaderos sabios: otros abrazáron como buenos y auténticos todos los libros que llegaron á sus manos, sin exáminarlos en el crisol de la verdad y de la razon, y algunos aunque siguiéron los buenos exemplares, no supiéron imitarlos, abusando de la erudicion, y haciendo que su ciencia fuese molesta á los otros.

261 Estos vicios, que impugló discretamente Cervántes en su Quixote, contamináron universalmente todas las ciencias. Pero él como afecto y apasionado á las letras humanas, los contraxo solamente á ellas y á la historia.

262 Los mas auténticos testimonios de esta se perdiéron, no solo por la turbulencia de

los tiempos, sino mucho mas por la ignorancia y descuido de los que poseian aquellos tesoros. Un papel carcomido, ó un pergamino viejo les parecia que para nada podia aprovechar, y así vinieron á parar en las boticas y tiendas los privilegios y los titulos de muchas preeminencias y posesiones.

263 Este descuido, que era grande en tiempo de Cervántes, y aun despues ha continuado todavía, le manifiesta graciosamente, quando refiere el hallazgo de los manuscritos árabes, que contenian la primera parte del Quixote, los que estaban en poder de un muchacho, que con otros papeles se los iba á vender á un sedero, y por fin se los dió á Cervántes por medio real (II. 4).

264 Otro defecto comparable á este descuido era el de los que se dedicaban á las letras humanas, particularmente á la Poesía, y olvidados de los antiguos maestros tenian por guia á su ingenio, y por regla su capricho, de donde se originaron por la mayor parte las ridiculas extravagancias, que aun hoy se conservan en nuestro teatro.

265 De esto trató Cervántes magistralmente en la conversacion del Canónigo y el Cura (III. 385), y aun tambien quando Don Quixote alabó á Don Lorenzo de Miranda, porque ántes de tomar el nombre de poeta (IV. 214), procuraba merecerle manejando dia y noche los exemplares griegos y latinos.

266 Pero no estaba todo el descuido en los literatos: tenian mucha culpa tambien los poderosos y Grandes. Sin la proteccion de estos

no pueden hacer progresos aquellos. Cervántes, que lo sabia por propia experiencia, lo dió á entender, quando Don Quixote preguntó al estudiante que le llevaba á la cueva de Montesinos, si tenia algun Mecénas á quien dedicar sus obras (V. 4).

267 La poca atencion de los poderosos á las ciencias, y la ignorancia del vulgo, hizo que los hombres capaces de ilustrar la nacion con su literatura, la abandonasen, y se dedicasen á lo que siendo del gusto del pueblo podia darles de comer. Por eso Lope de Vega se dedicó á componer malas comedias, sabiendo hacerlas buenas. Así lo dá á entender Cervántes en el citado discurso del Canónigo de Toledo, y así lo confesó tambien el mismo Lope.

268 Como en los libros no se buscaba mas que la diversion, lo mismo se estimaban las historias verdaderas, que las novelas fingidas. Digna es de notarse la gracia con que dá á conocer este error Cervántes, quando Don Quixote para probar al Canónigo la verdadera existencia de los caballeros andantes, alega por razon que sus historias estaban impresas con licencia (III. 417), y ántes habia hecho una graciosísima enumeracion de Héroes verdaderos mezclados con otros fabulosos, y de pasages de historia entretexidos con aventuras caballerescas (III. 412).

269 Fiados los escritores en esta credulidad del vulgo, abusaban de ella, poniendo en sus libros todo quanto les acomodaba, por inverosímil que fuese. El haber faltado el original del Quixote en la aventura del Vizcaino (II. 1)

y encontrarse justamente esta misma aventura en el primer cartapacio de los que llevaba el muchacho para venderlos al sedero (II. 5), es una casualidad tan oportuna como inverosmil, y por tanto excelente para satirizar este abuso.

270 En esto se ve que la ignorancia comun era causa de que los que sabian algo, hiciesen mal uso de esta ventaja. Pretender que todo el mundo se componga de sabios, es un imposible; pero que la ciencia esté depositada en un reducido numero de sugetos, tiene muy malas conseqüencias. Bien se ve quan ridiculo es, que el romance que cantó Antonio sobre sus amores á Olalla, se le hubiese compuesto su tío el Beneficiado (II. 27); pero era muy ordinario esto, quando solo los Eclesiásticos, y los que seguian la carrera de la judicatura, se ocupaban en leer y estudiar, y ellos hacian todas las obras de ingenio, fuesen, ó no correspondientes á su estado: de lo que tenemos un monumento permanente en nuestras comedias, compuestas la mayor parte por Eclesiásticos.

271 Los que estudiaban sin el fin de ganar que comer, se aplicaban de ordinario á la Astrología judiciaria, engañándose á sí mismos, creyendo que sabian algo, quando nada podian saber de una ciencia imaginaria, que solo existió en la fantasía de los que creyeron que la sabian. Á la verdad parece que Dios para humillar el orgullo de los hombres, permitió que incurriesen en una ceguedad tan grande, como dar preceptos y escribir libros sobre una cosa, que ni tiene fundamento en la razon, ni objeto posible, y con todo se alzó con el título de

ciencia, y se enseñó como si lo fuese. Ademas del pasage que ya se ha citado del mono adivino, hay otros en el Quixote que indican este error, ó ignorancia. Tal es lo que refiere Don Antonio de haber observado astros, y hecho círculos el que le hizo la cabeza encantada (VI. 161): y tal es la mencion que se hace de haber estudiado esta facultad en Salamanca el pastor Grisóstomo y el Bachiller Carrasco.

272 La falta de conocimiento de las ciencias produjo mal gusto aun en las letras humanas, y con especialidad en la Poesía. Creyeron que para ser poeta bastaba tener ingenio, y así en vez de aplicarse á perfeccionarle con el arte, se contentaron con proponerse caminos dificultosos, para hacer ver su talento en superar las dificultades. Para esto inventaron las glosas, los acrósticos y otras composiciones semejantes, en que se malogra el ingenio, sin sacar otro fruto, que llenar de palabras unos versos vacíos enteramente de pensamientos sólidos é instructivos.

273 Como este daño era grave, le corrige Cervantes con la sátira y con la razon. En el discurso de Don Quixote al Caballero del Verde Gaban (IV. 188), y en la conversacion con su hijo Don Lorenzo (IV. 219), da reglas y preceptos excelentes, y en el acróstico del nombre de Dulcinea, que pidió al Bachiller (IV. 50), se burla nuestro autor del servil estudio que pedian estas composiciones.

374 Tambien se burla del estudio y aplicacion que se emplea en cosas inútiles, en la enumeracion de las obras del estudiante que
o iij

guaba á Don Quixote á la cueva de Montesinos (iv. 271): es á saber, el *Libro de las libreas*, el de las *Transformaciones*, y el *Suplemento á Polidoro Virgilio*, obras á qual mas inútiles; pero muy semejantes á otras muchas que ocupaban, y aun en el dia están ocupando las prensas.

275 Del mismo jaez era tambien la traduccion que se estaba imprimiendo en Barcelona. El traductor no tenia otra mira que ganar dinero, y para eso se empleó en traducir un libro de bagatelas (vi. 174). Sin duda eran muy semejantes los traductores de aquel tiempo á algunos de los del nuestro, que suelen escoger para sus traducciones las obras que ménos importan.

276 En varios lugares del Quixote parece que Cervántes desapueba la ocupacion de traducir; pero si se repara con atencion, se verá que habla solo de las obras de ingenio, las quales, ó se han de traducir muy bien, como el Pastor Fido y la Aminta, ó se han de dexar en su lengua original, pues no hay cosa tan insufrible como la necesidad de los que se atreven á dar al público las traducciones que hacen, quando están aprendiendo una lengua. Si los tales leyeran el diálogo de Don Quixote con el que traduxo las bagatelas, hallarian una graciosa burla de su atrevimiento.

277 No es ménos insufrible que la ignorancia de estos la pedanteria de los que ostentan erudiciones que no vienen al caso, llenando de acotaciones las márgenes, y de notas el fin de los libros; pero á fé que no es mala la lec-

cion que les da Cervántes en su prólogo, aunque para burlarse de estos pedantes bastaba la nota que se encontró en el margen de los Pergaminos árabes, en que se aseguraba que Dulcinea habia tenido gran mano para salar puerocos (ii. 4).

258 La pesadez de muchos historiadores, que cuentan como circunstancias precisas de los hechos algunas menudencias despreciables, está discretamente pintada en el carácter de prolixidad, que supone en Cide Hamete (ii. 91, v. 192).

279 La ignorante vanidad de los que echan la culpa al impresor de los errores, que ellos mismos cometieron, se ve ridiculizada en la respuesta de Sancho al cargo que le hacian de haber ido montado en el rucio despues de habersele hurtado: pues él no sabiendo que responder, dice que seria yerro de imprenta (iv. 44).

280 La necia pretension de los que creen hablar con pureza alguna lengua solo porque son de parte donde se habla bien, como pretendian los Toledanos, se halla impugnada en una reflexion del Licenciado que acompañaba á Don Quixote á las bodas de Camacho, en que demuestra que el hablar bien no viene de haber nacido en esta, ó la otra parte, sino de haber tenido buena crianza (iv. 234): reflexion que habia hecho ántes el Doctor Villalobos.

281 Los plagios poéticos tan comunes en tiempo de Cervántes, tampoco pudieron escapar de su juiciosa crítica, pues hizo que Don Quixote preguntase al mozo que junto al título de Altisidora habia cantado, ¿que tenían

que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de aquella señora? A lo que el mozo solo pudo responder, que esos robos estaban muy en costumbre entre los intonsos poetas (vi. 258).

282 Finalmente tampoco se quedó sin notar la pasión de ser celebrados, comun á todos los hombres, pero mucho mas fuerte en los estudiosos. Dice: *que se holgó Don Lorenzo de Miranda de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco* (iv. 222). Y es de notar que Cervántes, que pocas veces habló en cabeza propia en todo el discurso de su fábula, habiendo dicho esto exclama luego: *¡O fuerza de la adulacion á quanto te extiendes, quan dilatados límites son los de tu jurisdiccion agradable!*

283 Á vista de tantas juiciosas críticas y sabias instrucciones, como hemos mostrado en la fábula de Cervántes, ya contra el espíritu caballeresco, ya contra los vicios y abusos comunes, y ya contra los defectos literarios, no me parece que se puede dudar que la Moral del Quixote es comparable á la de los mas famosos Filósofos. Y al ver la gracia con que da estos documentos, sazonados con el chiste, y vestidos de todos los primores de la Oratoria y Poesía, es forzoso confesar, que su instruccion no es de menor utilidad, que la de los tratados de Ética mas acreditados y famosos.

ARTÍCULO VIII.

SATISFACCION Á VARIAS OBJECIONES CONTRA EL QUIXOTE.

284 Ya parece que tenemos concluido lo que propusimos al principio de este Discurso. En él hemos descubierto, que el objeto de la Fábula de Cervántes fué nuevo y original, y mas á propósito aun que el de las heroicas para enseñar deleytando: que de este objeto dedujo la accion, que es la locura de Don Quixote, accion sola, completa, de proporcionada duracion, verosimil y variada con episodios, enlazados naturalmente con ella: que los caracteres de las personas son constantes y propios de sus calidades, y de las circunstancias en que se hallan, sobresaliendo entre todos el de Don Quixote como Héroe de la fábula: que su narracion es dramática, dulce y hermosa, precedida de una proposicion sencilla y natural, correspondiente á la accion: que su estilo es puro, enérgico y conveniente á la materia: y finalmente que con la hermosura y gracia que reyna en toda la fábula, envuelve los documentos de una moral discreta y juiciosa, alabando las virtudes, y reprehendiendo los vicios; pero especialmente los que mas conexión tenian con su asunto, que son los de la caballería andante.

285 Con esto parece que habíamos concluido nuestro Discurso. Pero como la bondad de una obra no consiste solo en que se halle adornada de primores, si no se procura tam-